

el método y la filosofía, que lo primero es lo que debe enseñarse únicamente en los establecimientos oficiales, de donde hay que desterrar la segunda, clasificada en el número de las iglesias filosóficas que se disputan el dominio de las almas. Esta doctrina, en completo desacuerdo con el Sr. Dr. Parra, que no ve en el positivismo más que el método, envuelve la condenación de la enseñanza filosófica que por muchos años se dió en la Escuela Preparatoria. Por lo demás, tendríamos curiosidad de saber cómo se puede enseñar el método sin la filosofía, cómo se puede abstraer la forma de la materia que contiene, cómo se puede ser positivista á medias, y cómo puede ser completa una enseñanza que se queda en los preliminares, reservando la parte trascendental de la doctrina para los iniciados.

El Sr. profesor D. Luis E. Ruiz ha comenzado á publicar en el folletín de la *Libertad* una obra intitulada *Nociones de lógica*. Perteneciendo el Sr. Ruiz á la escuela positivista, es seguro que no estaremos de acuerdo con sus ideas, lo cual no es obstáculo para que digamos anticipadamente que el nuevo libro será interesante, pues tenemos un alto y merecido concepto del talento é instrucción del joven autor. *La Libertad* publicó con este motivo un artículo en que hallamos dos aseveraciones que creemos necesario rectificar: la una es que la *Lógica* de Tiberghien es un libro polémico destinado á la propaganda de determinado dogma religioso, el panenteísmo. Esto no es exacto; no siendo el panenteísmo dogma religioso, como el Gran Fetique por ejemplo, sino sistema filosófico, que no ataca á ninguna religion positiva, malamente puede decirse que la obra de Tiberghien está destinada á la propaganda de un dogma religioso que no existe. La otra aseveración es que la junta de profesores de la Escuela Preparatoria desechó entre otras por la razón indicada el texto krausista, "expresando el *desideratum* de que se encontrase un texto breve y simple, que exponiendo el verdadero método científico, no contuviese ataque alguno á las creencias científicas y religiosas de cualquier género que fueren." Esto tampoco es exacto; la junta de profesores no desechó el libro de Tiberghien; lo que sucedió fué que no conociéndole la mayor parte de los profesores, se abstuvieron de dar su voto, nombrándose entónces una comisión para que presentase dictámen sobre este negocio. Tampoco es exacto eso del *desideratum*, porque sabiendo lo que para *La Libertad* significa "el verdadero método científico," equivaldría á buscar un texto positivista que no atacase ninguna creencia religiosa, lo cual implica contradicción.

Por lo demás, no dejan de ser edificantes los escrúpulos religiosos de los sectarios de Comte contra Tiberghien: nó, la conciencia timorata de nuestro colega puede quedar perfectamente tranquila; ninguna creencia religiosa tiene que temer nada de un sistema que establece sobre bases filosóficas inquebrantables la existencia de Dios y del alma humana; en cuanto á las creencias científicas, como nadie las conoce todavía, no pueden ser atacadas por el sábio filósofo de Bruselas. Es raro que el celo constitucionalista de nuestro colega, que corre parejas con su celo religioso, no se haya alarmado ante el peligro que corren las instituciones con una filosofía que admite las nociones racionales de la libertad y el derecho, cuando nada podría prestar más sólido apoyo á la ley fundamental, que una escuela que profesa horror instintivo á las *aglomeraciones de metafísica*.

J. M. VIGIL.

## EMILIO LITTRÉ.

### LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR.

SEA cual fuere la suerte del positivismo, ora subsista en sus grandes rasgos, ora vaya á resolverse, como creo, en doctrinas más radicales y simples, quedará ligado á su origen y fortuna el nombre de M. Littré. Aquí también, lo mismo que en las demás regiones intelectuales en que ha dejado señaladas sus huellas, la erudición, las ciencias fisiológicas y médicas, la historia de las lenguas y de las literaturas, no se le puede atribuir el carácter de inventor. En ninguno de los dominios intelectuales en que se ejerció su robusta voluntad, se revela lo que forma la gran dote en todas materias, la iniciativa de las ideas. En los diversos senderos á donde le ha llevado su actividad aventurera, ha encontrado esas ideas, pero como por casualidad; no las descubre de su propio fondo, las descubre en los otros, á veces algo tarde; pero entónces se apasiona de ellas con una especie de grave entusiasmo; se las asimila; les pone el sello poderoso de la sinceridad y las extiende con un celo de neófito que por el ardor de la propaganda quiere recuperar el tiempo perdido. De una vez y al mismo tiempo, para asimilárselas mejor, las adapta á la forma de su espíritu, las modifica para mejor defenderlas, y ejerce sobre ellas un derecho de selección, abandonando lo que no le parece útil sostener, conservando lo que estima esencial, como sólido y respetado crítico, como infatigable apologista.

Tal es en compendio su encuentro y relaciones con el positivismo. Después de ignorar largo tiempo la filosofía de M. Comte, traba con ella conocimiento en la plenitud de la vida y cuando dicha filosofía llevaba ya catorce años de existencia; desde ese día se la asimila, y dedica todo el resto de su vida á exponerla, á sostenerla con una perseverancia que reveló profundas convicciones, sacándola de autoridad propia del nuevo camino en que se extraviaba tras un jefe audaz y ofuscado. ¿Puede decirse que en todo

gion en fin que reemplazase todas las otras, y gobernase por un ideal definido todas las aspiraciones de la humanidad. A esto se había aplicado con una energía y una tensión de espíritu extraordinarias. Había acabado, después de principios oscuros é innumerables hechos, por conquistar cierto número de ardientes partidarios y por remover al mundo filosófico, indiferente al principio, con movimientos diversos en que dominaban la sorpresa y una especie de inquietud. Esa misma curiosidad había sido tardía. Los libros de A. Comte, saturados de nociones abstractas y términos técnicos, de prolijidad fatigosa, de estilo desagradable y duro, se habían extendido, no á toda luz y por un éxito inmediato, sino por una especie de infiltración lenta, entre algunos espíritus curiosos, y en esa parte del público "abierto por disposiciones espontáneas á las doctrinas positivas." Por lo demás, nada había hecho el autor para dar á conocer sus obras; las publicaba, hé aquí todo, y las dejaba caminar solas, apoyadas de tiempo en tiempo por algunos cursos públicos y gratuitos sin gran resonancia. Deseosísimo de tener discípulos, no empleaba sin embargo para adquirirlos ni siquiera los procedimientos más elementales ni la acción individual que podía ejercer. (1) Confesaba que nunca había esperado más de unos cincuenta discípulos en el Occidente europeo y se felicitaba de haber superado este número. Verdad es que más tarde se lisonjeó de obtener conversiones en masa; estaba convencido de que el mundo iba á venir á él; devoraba en su ardiente y enfermizo pensamiento las transiciones necesarias; aguardaba su hora próxima con la seguridad de un hombre que se creía infalible al mismo tiempo que universal. De día en día aproximaba esa fecha señalada por los destinos para la conversión del género humano; pero es preciso decir que entonces se hallaba en ese "periodo patológico," de que hablan con dolor sus discípulos. No discutía ya, pontificaba; ejercía las prerogativas anexas á su dignidad; casaba y administraba los otros sacramentos del nuevo culto; no escribía ya cartas sino breves. El positivismo había llegado á realizar completamente la definición que de él ha dado M. Huxley: "un catolicismo con el cristianismo de ménos."

A pesar de graves diferencias indicadas ya en los últimos años, M. Littré era el heredero designado de la obra de A. Comte, doblemente designado por la alta probidad de su carácter que se imponía á todo el mundo, y por su saber enciclopédico ante el cual todos se inclinaban. Un amigo común le había prestado el *Sistema de filosofía positiva*; al saber M. Comte que leía su libro, le mandó un ejemplar; tal fué el principio de sus relaciones. Littré no recordaba sin emoción esos orígenes de una amistad que tuvo tan grande influencia sobre su vida: "M. Comte, decía más tarde, no se había engañado en la insinuación que me hacía. Su libro me subyugó. Establecióse una lucha entre mis antiguas opiniones y las nuevas: éstas triunfaron; con tanta mayor seguridad, cuanto que al mostrarme que mi pasado no era más que una especie de preparación no produjeron rompimiento y contradicción, sino extensión y desarrollo. Desde entonces fuí discípulo de la filosofía, y he continuado siéndolo sin más cambios que los que me imponía el esfuerzo incesante de perseguir, al través de otros trabajos por otra parte obligatorios, las

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 665.

rectificaciones y ensanche que permite." (1) Veremos luego en qué amplia extensión se produjeron esas rectificaciones necesarias; veremos que si aceptó la herencia del maestro, no fué sino bajo beneficio de inventario. ¿Cómo procedió á esa liquidación harto embrollada? ¿Qué debía por su parte incorporar á su fortuna intelectual del tesoro que caía en sus manos? ¿Qué debía rechazar como sospechoso y de mala ley? No creemos engañarnos, después de haber vivido largo tiempo en el estudio del pensamiento de M. Littré y de su vida escrita, al decir que los lazos estrechos de la doctrina se relajaban insensiblemente en su espíritu, que el dogmatismo de los primeros días de fervor tendía á disolverse y se resolvía en concepciones más ó ménos libres, cuya sola fuerza de cohesión subsistente era una negación; así sucedió que la filosofía positiva, fundada para escapar de las ideas puramente negativas del siglo XVIII, debía volver á su punto de partida, tras un grande esfuerzo de reconstitución filosófica y social. Si se sigue con atención la marcha ascendente y descendente de esa escuela, al través de muchas apariencias contrarias y oscilaciones que engañan la mirada, acabará uno por persuadirse de que la exclusión de las concepciones teológicas y metafísicas, idea evidentemente negativa, es el solo dogma que queda en pie al fin de esa larga elaboración de medio siglo, al mismo tiempo que es la razón más clara y decisiva de la popularidad de esa escuela en cierto público que no tiene tiempo para pararse en pormenores y matices.

Deja entenderse que este trabajo de descomposición no se hizo sentir inmediatamente en la escuela; fué por grados, y sólo después de haber recorrido varios se hizo el resultado perceptible. A pesar de ciertas dudas y desconfianzas sobre puntos graves, siempre permaneció Littré firmemente apegado á la concepción primordial del positivismo, así como fué siempre admirador y apologista sin reserva de Comte, toda vez que tenía que exponer el conjunto de la obra, no cesando de proclamar el beneficio intelectual, y sobre todo, el moral, que esa filosofía ha hecho tanto á él como á los hombres de su tiempo que adolecían del mismo mal, pues en su opinión, fué á la vez producto y remedio de una época profundamente turbada. Sordos y confusos terrores asaltaron al hombre reflexivo y á las multitudes irreflexivas; en efecto, ¿qué es lo que se ve? Conmociones prolongadas, esperanzas burladas, fluctuaciones incesantes, temor de volver á un pasado que se rechaza, é incertidumbre de un porvenir que no puede definirse. (2) Esa turbación de la hora presente, ese desorden de las conciencias, esa falta de equilibrio de las almas, esa inestabilidad prodigiosa de las creencias con que todo el mundo sufre en ciertas horas, todo eso depende, se nos dice, del antagonismo entre el saber siempre creciente y un resto precario de dominación de los teólogos y metafísicos que se sienten arruinados por la ciencia. Augusto Comte fué el primero que percibió claramente que el oficio verdadero de la filosofía nueva debía ser reducir toda la estabilidad mental y social á la estabilidad de la ciencia, que es el punto fijo dado por todo el progreso de la civilización, y sacar del saber positivo el orden entero de las creencias, en lugar de perpetuar entre la creencia y la ciencia un conflicto irremediable y desesperante. Ese es el punto de unión

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, prefacio.

(2) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 75.

para todos los que espontáneamente, es decir, bajo la acción disolvente del medio social, han abandonado la fe tradicional. Al ligar esas conciencias dispersas y sin vínculo, la filosofía nueva habrá hecho un gran servicio social; al hacer su dogma intelectual del conocimiento real del mundo, hará su dogma moral del servicio de la humanidad. (1)

En calidad, pues, de bienhechor, Littré saluda á Comte, con la misma antigua piedad de Lucrecio hácia Epicuro, cuando le proclamaba libertador de su alma y del mundo esclavizado. «Ante el precio de las vivas luces de que le soy deudor, ¿qué caso debo hacer de algunos errores á que haya podido arrastrarme? Si la enseñanza que he recibido de sus obras me hubiera faltado, habria permanecido, segun la naturaleza de mi espíritu y de mis estudios, en una condicion negativa, habiendo reconocido por una parte, tras esfuerzos á menudo repetidos, que no podia aceptar ninguna filosofía teológica ó metafísica, y habiendo reconocido igualmente por otra, que no podia por mis propias fuerzas subir á un punto de vista universal, que hiciese para mí las veces de metafísica y teología. Comte me dió ese punto de vista. Mi situacion mental se modificó profundamente; mi espíritu se tranquilizó y hallé al fin la serenidad.» (2) Si efectivamente A. Comte pudo devolver á una generacion perturbada la serenidad perdida, ese elogio no es excesivo, y la más alta gratitud no igualará la grandeza del beneficio; pero la conciencia de muchos hombres de esta generacion, protesta y clama muy alto que si hay pensadores aislados como M. Littré, que se han sentido curados á ese precio y á quienes ha bastado para pacificarse eliminar simplemente la idea de lo absoluto, semejante remedio no ha bastado á todos, y que el vacío del alma es demasiado profundo para que puedan llenarlo hechos y fórmulas de leyes; y todavía la cuestion es saber si tal remedio ha bastado siempre á M. Littré.

Por esta calidad, y sobre todo, por este orden de servicios, A. Comte ha merecido á los ojos de Littré el título de novador: por haber suprimido toda lucha en la inteligencia humana, no suprimiendo la filosofía, de ordinario hostil á la ciencia, sino dándole el mismo contenido que á la ciencia, los mismos métodos, en otros términos, identificándola al saber positivo, en lugar de convertirla en poder independiente y necesariamente rebelde; no por haber propuesto un principio de doctrina y de organizacion (muchos lo habian hecho ántes que él), sino por haber propuesto un principio nuevo que concentra en sí toda la virtud de la ciencia positiva, sola inatacable y creciente, que llevá consigo la coherencia y la consecuencia, por lo mismo los elementos de la paz intelectual, y destruye radicalmente en el espíritu toda probabilidad y toda ocasion de conflicto. Quien se adhiere á ese principio no tiene, si es lícito hablar así, mas que una sola conciencia, puesto que no tiene mas que una sola manera de pensar, el modo positivo. (3) Desde entónces, no mas grandes batallas del espíritu consigo mismo, desgarrándose con una especie de furor, dividido entre los datos positivos del saber que le retienen y las bellas quimeras que le llaman á otra parte. Al reducir toda la esfera del pensamiento al domi-

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 74.

(2) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 516.

(3) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo.

nio del conocimiento *verificado*, Comte excluyó definitivamente el conocimiento *imaginado*; desde luego le obligó á refugiarse en lo absoluto, y por un último esfuerzo cierra ese absoluto, declarándolo hipotético y en todos casos inaccesible. No hay que sorprenderse de que el reconocido discípulo, olvidando toda la historia del empirismo, que bajo otras formas y otros nombres ha llegado siempre al mismo resultado, se eleve hasta el entusiasmo cuando celebra la emancipacion que su maestro ha traído al mundo: «M. Comte fué iluminado por los rayos del génio. Quien al salir de la confusa contienda del siglo XVIII, apercibió á principios del XIX el punto ficticio ú objetivo inherente á toda teología y á toda metafísica; quien formó el proyécto y vió la posibilidad de eliminar ese punto, cuyo desacuerdo con las especulaciones reales forma la gran dificultad de los tiempos presentes; quien reconoció que para llegar á esa eliminacion, se necesitaba hallar desde luego la ley dinámica de la historia, y la halló; quien convertido por ese inmenso descubrimiento en maestro de todo el dominio del saber humano, pensó que el seguro y fecundo método de las ciencias podia generalizarse, y lo generalizó; quien comprendiendo, en fin, al mismo tiempo el indisoluble vínculo con el orden social de una filosofía que abarcara todo, fué el primero en entrever las bases del gobierno racional de la humanidad; ese, repito, merece un lugar, por cierto, muy grande al lado de los más ilustres cooperadores de esa vasta evolucion que se llevó el pasado y traerá el porvenir.» Con esta página, que más que resúmen de una filosofía, es un himno en honor del filósofo, termina la obra consagrada por Littré á su iniciador, á su consolador, á su maestro.

Tomado en su conjunto y á esa altura, tal elogio no me sorprende, y aun diré que me impresiona y conmueve por lo sincero y solemne de él. Mas confieso que comprendo ménos otra página extraída del mismo libro, que bajo cierto aspecto me parece en desacuerdo con las evoluciones de un discípulo que fué independiente; debo citarla textualmente porque extralimita el pensamiento de quien la ha escrito, y pondré sin trabajo en oposicion á M. Littré consigo mismo: «Hoy hace veinte años, decia en el prefacio escrito en 1863, que soy sectario de esa filosofía; la confianza que me inspira y que adquirí á costa de largas meditaciones y de más de una enmienda, no se ha desmentido nunca. Dos órdenes de pruebas he puesto en práctica para preservarme de las ilusiones y prejuicios: el uso que constantemente he hecho de esta filosofía, y la sancion que le impone el curso de las cosas. Ocupado en asuntos muy diversos, historia, lenguas, filosofía, medicina, erudicion, constantemente me he servido de ellas como de un instrumento que me traza las líneas, el origen y término de cada cuestion, y me libra del peligro de contradecirme, enfermedad comun á los espíritus de ahora; esa filosofía basta para todo, nunca me engaña y siempre me ilustra. El curso de las cosas no le es ménos favorable que la prueba individual; no sólo no la contradice, sino que todo lo que acontece en ciencia ó en política le prepara algun nuevo apoyo mental ó social.» Creería uno soñar cuando repite esa página despues de haber consultado las *Observaciones* escritas en 1878 para la reimpression de la obra intitulada *Conservacion, Revolucion, Positivismo*: hemos tenido últimamente ocasion de analizarlas; (1) hemos mostrado que era simplemente la

(1) Se refiere aquí el autor á la primera parte de este trabajo, que utilizaremos más tarde en el estudio que hemos emprendido sobre la anarquía positivista. (R. F.)

esto es original? Sin duda que nó, si se trata de las concepciones fundamentales de donde procede ese movimiento filosófico; lo es, empero, en cierta manera, por la facultad crítica aplicada al discernimiento de las ideas, así como por esa dialéctica, mezcla de tenacidad y ciencia, empleada en luchar diariamente contra objeciones ó prevenciones, y renovada con los obstáculos. En la historia filosófica de nuestro tiempo, ha señalado su lugar al lado del fundador de la escuela, quizás en la misma línea que él. Hay así en casi todas las escuelas filosóficas, un sitio privilegiado para quien organiza ó defiende la doctrina; para los Parménides ó los Zenones al lado de los Jenófanes.

Preciso es reconocer por otra parte, que Littré no defiende al positivismo sino despues de haberle reducido á la medida que juzga aceptable, y sacrificando resueltamente las partes que de antemano le parecen caducas ó excluidas por inútiles. Varias de las leyes y concepciones que al principio habia conservado, caen gradualmente por sí mismas en desuso bajo su inspeccion. Nada hay tan instructivo como las trasformaciones que sufrió esa filosofía en el cuarto de siglo que separa dos fechas (1857 y 1881), la muerte de Augusto Comte y la de Littré. Cuando hayamos desarrollado ese cuadro y llegemos al fin de nuestro estudio, nos preguntaremos lo que el porvenir reserva á esa filosofía colmada por los favores del presente. ¿Su fortuna, que de creer ciertas declaraciones famosas está hoy asegurada, esa prodigiosa fortuna alcanzará tanta duracion como el brillo obtenido? ¿Son permanentes las causas de semejante éxito? ¿No hay muchas circunstancias políticas y sociales que expliquen la apariencia de ese triunfo y su carácter momentáneo? Nos preguntaremos, en fin, si el positivismo está destinado á sobrevivir bajo forma de sistema á los dos hombres en quienes se habia encarnado, por decirlo así, y si las probabilidades de duracion que puede tener no están en razon inversa de su cohesion ó consistencia como cuerpo de doctrina. Tal vez sea ésta la oportunidad de disipar una equivocacion que parece prolongarse en ciertos espíritus bajo la ilusion de una palabra que no cubre ya las mismas cosas; tal vez no quede ya del antiguo movimiento positivista, cuya extension é importancia estoy por otra parte léjos de desconocer, más que una negacion ó un conjunto de negaciones, muy poderosas y populares, reunidas y subsistentes bajo el título usurpado de una filosofía que no reune ya en derredor de sus dogmas sino escasos adeptos. Esta es una cuestion que debe examinarse, y que vale la pena de ser discutida.

Augusto Comte murió el 15 de Setiembre de 1857. En ese momento solemne en la historia de la escuela ¿bajo qué aspecto se presentaba la filosofía positiva, inaugurada treinta y cinco años ántes en un modesto ensayo de que se tiraron cien ejemplares, que no tuvo ninguna resonancia y que hoy no ofrece más interés que el de marcar una fecha? Durante ese largo intervalo, la fecunda actividad de Comte no se habia entibiado un solo dia, ni una sola hora, salvo el tiempo perdido por las crisis que bajo formas más ó menos graves afectaron aquel poderoso y estropeado cerebro. El edificio al que va unido su nombre se habia elevado de hilada en hilada hasta el remate. Habia sido prece-

dido en 1826 por la publicacion del plan definitivo; de 1830 á 1842 aparecieron los seis volúmenes que forman el *Curso de filosofía positiva*, conteniendo como en vastos escalones, distribuidos metódicamente, los preliminares generales, la filosofía matemática, la filosofía de la física propiamente dicha, la filosofía química y la biológica, y en fin, la filosofía social. Así se habia consumado lo que M. Littré llamaba la obra filosófica del siglo XIX, y cuyo objeto era "dar á la filosofía el método positivo de las ciencias, y á las ciencias la idea de conjunto de la filosofía." Diez y seis años habian pasado entre la concepcion y la conclusion; pero la concepcion habia sido tan segura, que á pesar de su largo trascurso de tiempo, la conclusion le correspondia de todo á todo. (1)

Creeríase que llegado á ese término, el gran trabajador iba á gozar de su obra concluida, limitándose á extenderla, á conquistar los espíritus rebeldes. Nada de eso. Apenas terminada esa parte de su tarea, la parte que podria llamarse teórica, cuando ya concebía ó soñaba una segunda parte consagrada á las aplicaciones políticas y sociales. Despues de algunos años de meditaciones, de 1831 á 1854, publicó el *Sistema de política positiva ó Tratado de sociología instituyendo la religion de la humanidad*. A ese nuevo orden de concepciones políticas, sociales y religiosas se refieren tantas publicaciones diversas que brotaron bajo su pluma, el *Calendario positivista*, la *Biblioteca positivista*, el *Catecismo positivista*, la famosa *Carta á su majestad el czar Nicolás*, á quien se invoca como el predestinado patron de la política y de la filosofía nuevas, y en fin, el primer volumen de la *Síntesis subjetiva, ó Sistema universal de las concepciones propias al estado normal de la humanidad*, que apareció un año ántes de su muerte. No tenemos que contar aquí á qué precio habia sido llevada á cabo esa obra inmensa. Tales ideas son las dueñas celosas de una vida y no dejan lugar á otros pensamientos. "A. Comte habia podido filosofar en Paris, lo que no habia sido dado á Descartes; pero habia vivido pobre, desconocido y amenazado al fin en sus medios de subsistencia. Se habia envuelto en una indiferencia hácia el dia siguiente que su irresistible vocacion le hacia ménos difícil que á cualquiera otro." (2) Cuando murió, hacia ya varios años que no vivia más que de los subsidios de sus amigos y discípulos; pero en fin, tuvo la alegría de vivir y morir en su sueño realizado. ¿Hay alegría humana superior á ésta? "¿Que es una gran vida? Un pensamiento de la juventud realizado por la edad madura," ha dicho Alfredo de Vigny. Comte se habia apoderado de esa bella palabra para realizar su propia carrera; y no fué por presuncion, fué por un justo sentimiento de la continuidad y grandeza de sus trabajos. Fué el hombre de un pensamiento único. (3)

Su ambicion habia sido la universalidad tanto en la especulacion como en la accion. Habia querido fundar de un solo golpe y por el solo impulso de un espíritu solitario un sistema teórico y práctico al mismo tiempo, una filosofía total que resumiera las filosofías parciales de cada ciencia, una política ú organizacion social que reconciliara en una síntesis los dos términos de la eterna antinomia, el orden y el progreso, una reli-

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 8.

(2) *Ibid.* pág. 21.

(3) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 1.